

# TEACHERS, LEAVE THEM KIDS ALONE! LA IDEOLOGÍA CREDENCIALISTA Y LA PEDAGOGÍA DE LA DESTRUCCIÓN CREATIVA

*Teachers, Leave Them Kids Alone! The Credentialistic Ideology  
and the Pedagogy of Creative Destruction*

CÉSAR RENDUELES\*

[crenduel@ucm.es](mailto:crenduel@ucm.es)

Las corrientes ideológicas que se han impuesto en las batallas educativas de nuestro tiempo están atravesada por dos dinámicas si no antagónicas sí al menos con importantes puntos de fricción. Muchos profesores, estudiantes y familiares preocupados por el deterioro de la educación denuncian los intentos más groseros por mercantilizar y vaciar de sentido la enseñanza, por transformar a los docentes en empresarios y a los estudiantes en consumidores. Sin embargo, también es cierto lo contrario. Los discursos legitimadores de la desregulación económica contemporánea han encontrado un filón en la supuesta capacidad del capitalismo para impulsar mecanismos productivos que requieren un alto grado de formación multidisciplinar y capacidad de aprendizaje. A continuación, analizaré sucintamente estos dos polos y trataré de mostrar su congruencia.

## 1 LIBRE ELECCIÓN NO REGLADA

Uno de los elementos esenciales de la crítica liberal del Estado Social ha sido el ataque a los sistemas de educación pública universal y, más en general, a la educación formal o reglada. Algunos de los más conocidos defensores contemporáneos de la utopía del libre mercado, como Margaret Thatcher, emplearon la educación pública como ejemplo de las consecuencias aberrantes de la intervención estatal<sup>1</sup>. Lo cierto es que las decisiones sobre el entorno educativo son uno de los instrumentos de los que disponen las familias para intervenir en el proceso de socialización de los menores, de modo que resulta sencillo sugerir que la intromisión gubernamental en este terreno es innecesaria y conculca una libertad fundamental.

---

\* Universidad Complutense de Madrid.

<sup>1</sup> Margaret THATCHER, "In Defence of Freedom", en R. Duncan y C. Wilson (eds.), *Marx Refuted*, Bath: Ashgrove, 1987.

Más allá de la defensa de la libertad individual (o, en este caso, familiar), el ámbito educativo es idóneo para escenificar la desconfianza en la capacidad de las sociedades de masas para alcanzar consensos políticos. Para los partidarios del mercado libre, las sociedades contemporáneas son demasiado complejas como para llegar a acuerdos sistemáticos más allá de algunas dimensiones limitadas de su vida en común. La democracia, por así decirlo, pide demasiado a nuestras sociedades, las somete a tensiones excesivas y, así, las coloca al borde del conflicto o de la imposición del criterio de las mayorías sobre el de las minorías. La solución liberal es recurrir a un proceso de mercantilización que facilite la coordinación automática de las preferencias individuales —de las personas, las familias o las empresas— sin necesidad de recurrir a procesos deliberativos potencialmente explosivos o impositivos. A través del intercambio comercial establecemos una forma de codependencia que no exige llegar a acuerdos profundos acerca de unas pocas concepciones de la vida buena<sup>2</sup>.

En nuestro país conocemos bien la dificultad de alcanzar consensos educativos. En las últimas décadas hemos asistido a un enloquecido torbellino de reformas legislativas (desde 1970, una cada 5,3 años) con fuertes sesgos partidistas y a encarnizadas batallas ideológicas acerca de, por ejemplo, la presencia de la religión católica en las escuelas<sup>3</sup>. Ante este panorama, resulta muy tentador buscar mecanismos para que las familias, o al menos algunas de ellas, puedan escoger su estilo educativo favorito sin que las mayorías impongan su criterio sobre las minorías. De facto, esto es lo que ha ocurrido en España, donde el sistema de conciertos educativos ha permitido que el 30% más acomodado de las familias españolas esquive los sistemas de enseñanza pública y disfrute gratis o a un precio muy reducido de la enseñanza privada<sup>4</sup>.

Pero la estrategia neoliberal no se limita a atacar la educación pública. Su segundo frente es la educación reglada. Los triunfadores del capitalismo cognitivo actual, empezando por Bill Gates, presumen de haber abandonado sus estudios universitarios. En 2011 Peter Thiel, el millonario cofundador de PayPal, creó una beca dotada con 100.0000 dólares para 20 jóvenes con talento que decidieran no entrar en la universidad y, en vez de eso, fundar una empresa. Para Thiel la educación uni-

<sup>2</sup> Milton FRIEDMAN, *Capitalismo y libertad*, Madrid: Rialp, 1966, cap. 2.

<sup>3</sup> “35 años y siete leyes escolares”, *El País*, 28/11/2014, [http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/11/26/actualidad/1385489735\\_160991.html](http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/11/26/actualidad/1385489735_160991.html)

<sup>4</sup> Mariano FERNÁNDEZ ENGUIA, “Escuela pública y privada en España. La segregación rampante”: *Revista de la Asociación de Sociología de la Educación*, 1(2), 2008, págs. 42-69.

versitaria es una burbuja similar a la especulativa, una ficción sobrevalorada<sup>5</sup>. Cada vez más los currículos convencionales, algunos de ellos inspirados en tradiciones intelectuales milenarias, son cuestionados en beneficio de planteamientos educativos modulares y metodologías innovadoras basadas en el autoaprendizaje o las enseñanzas transversales.

No es trivial que el ataque a la educación reglada proceda del mundo de la informática y las telecomunicaciones. Los ideólogos de Silicon Valley conciben el conocimiento humano como el resultado de la agregación granular de fragmentos de información. Una vez que se crean los cauces telemáticos adecuados, la mano invisible digital genera un proceso de coordinación cognoscitiva no centralizada que da lugar a una especie de mente colmena<sup>6</sup>. Si la red es el producto de un esfuerzo cooperativo no institucionalizado, ¿por qué no entender la educación como un subproducto inverso de esa interacción?, ¿quién necesita Harvard si dispone de suficientes tutoriales y unas cuantas charlas TED?

La formación modular ataca la concepción tradicional de la *paideia* como un medio para el desarrollo de una personalidad coherente vinculada a itinerarios biográficos congruentes en el ámbito intelectual, moral, estético, profesional o político y respaldados por una comunidad de tradiciones. La educación postmoderna es más bien una estrategia de destrucción creativa schumpeteriana en la que la única perspectiva correcta es la del ahora<sup>7</sup>. La responsabilidad de los estudiantes no es someterse a ningún itinerario formativo previsto, sino subvertirlos buscando sendas poco transitadas que generen un valor añadido pedagógico.

## 2 EL AUGE DE LA FORMACIÓN

Paradójicamente, la crítica contemporánea de la educación pública y reglada convive con un auge sin precedentes de la ideología formativa. A tenor de lo que sostienen los creadores de opinión, la educación es la respuesta a la crisis económica, la desigualdad, la delincuencia, la exclusión y, en general, casi todo. En un largo informe de 2014, la Unión Europea subrayaba la cualificación como un factor esen-

<sup>5</sup> "Peter THIEL, "We're in a Bubble and It's Not the Internet. It's Higher Education", <http://techcrunch.com/2011/04/10/peter-thiel-were-in-a-bubble-and-its-not-the-internet-its-higher-education/>

<sup>6</sup> Jaron LANIER, *Contra el rebaño digital*, Barcelona: Debate, 2011.

<sup>7</sup> "Higher Education: Creative Destruction", *The Economist*, 28 de junio de 2014, <http://www.economist.com/news/leaders/21605906-cost-crisis-changing-labour-markets-and-new-technology-will-turn-old-institution-its>

cial de resistencia a la crisis económica y solicitaba más inversión en educación y formación<sup>8</sup>. En todo el mundo el número global de estudiantes creció desde 50 millones en 1980 hasta 170 millones en 2009. El caso más extremo es el de Corea del Sur, donde el 84% de los bachilleres entraron en la universidad en 2012<sup>9</sup>. Es un mensaje que ha calado hondo entre las clases populares españolas. Al poco de estallar la crisis, hubo un aumento muy significativo de la demanda formativa por parte de los nuevos parados, que se inscribieron masivamente en toda clase de cursos, talleres y másteres<sup>10</sup>.

No es una estrategia irracional pero sí llena de claroscuros. Es cierto que las personas con altas cualificaciones padecen menos el desempleo. Muchos economistas ortodoxos concluyen que, por tanto, el desempleo es un subproducto de la falta de cualificación. En realidad, como ha señalado Vicenç Navarro, la cantidad de trabajos de alta cualificación ofertada es muy pequeña, la mayor parte de los empleos que se crean son descualificados<sup>11</sup>. Del mismo modo, los emprendedores constituyen apenas el 4% del grupo de mayores ingresos, mientras que los ejecutivos financieros suponen el 60% del 0,1% más rico<sup>12</sup>.

La educación universitaria se ha convertido en un sistema de transmisión del estatus social. Thomas Piketty, ha señalado que en Estados Unidos “el ingreso de los padres se ha vuelto un mecanismo de predicción casi perfecto del acceso a la universidad”<sup>13</sup>. El ingreso medio de los padres de los estudiantes de Harvard es de 450.000 dólares, es decir, el 2% de los hogares estadounidenses más ricos. En Europa continental las diferencias siguen siendo menores y la criba es tanto económica como simbólica, pero el resultado no es muy diferente. Los ingresos promedios de los padres de los estudiantes universitarios corresponden al decil de ingresos superior<sup>14</sup>. En España, las probabilidades de que el hijo de un trabajador a los 20 años esté estudiando en la Universidad ronda el 20-25%; para las clases altas, esta

<sup>8</sup> UE, *Employment and Social Developments in Europe 2014* (15/01/2015), <http://ec.europa.eu/social/main.jsp?catId=738&langId=en&pubId=7736>

<sup>9</sup> Guy STANDING: *Precariado. Una carta de derechos*, Madrid: Capitán Swing, 2015, pág. 76

<sup>10</sup> “De vuelta al cole por la crisis”, *El Mundo*, 27/10/2008: <http://www.elmundo.es/mundodine-ro/2008/10/27/economia/1225118134.html>; “La crisis dispara la demanda de cursos de idiomas”, RTVE, 21/01/2012: <http://www.rtve.es/noticias/20120121/conocimiento-ingles-herramienta-clave-para-encontrar-empleo/490498.shtml>

<sup>11</sup> Vincenç NAVARRO: “¿Por qué el desempleo es tan elevado?”, *Público*, 29/ 07/ 2014: <http://www.vnavarro.org/?p=11143>

<sup>12</sup> Linda MCQUANG y Neil BROOKS: *El problema de los supermillonarios*, Madrid: Capitán Swing, 2014, pág. 39.

<sup>13</sup> Thomas PICKETTY, *El capital en el siglo XXI*, México, FCE, 2014, pág. 536.

<sup>14</sup> *Ibid.*

cifra es del 75%<sup>15</sup>. Cuando los mecanismos formales de selección no bastan se complementan con los informales. Cada vez es más frecuente que el acceso a los nichos de empleo más codiciados requieran completar la cualificación académica oficial con extensos periodos de prácticas no remuneradas. El acceso a este nivel formativo adicional tiene importantes filtros tanto económicos —pues exige un esfuerzo financiero adicional a las familias— como sociales, pues el acceso a las prácticas requiere una red de contactos y un capital cultural cuidadosamente labrados a lo largo del tiempo<sup>16</sup>.

Las relaciones laborales capitalistas siempre han estado marcadas por una dialéctica compleja entre la cualificación y la descualificación de la fuerza de trabajo. Es una dinámica que, como explicó Harry Braverman, se remonta al siglo XIX<sup>17</sup>. La historia de la lucha de clases es, en buena medida, la de una batalla por el control del proceso laboral que se saldó con una contundente victoria capitalista. La fragmentación del proceso de trabajo característica de las estrategias tayloristas fomenta la descualificación extrema y socava el poder de negociación de los trabajadores. Pero, al mismo tiempo, la presión empresarial para reducir los niveles de cualificación se enfrenta al proceso de cambio tecnológico, que con frecuencia, aunque ni mucho menos siempre, exige el desarrollo de habilidades adecuadas para realizar nuevas tareas.

Esta tensión se refleja hoy en el auge del “credencialismo”. Como señala Guy Standing, la descualificación y precarización de facto se mitiga con un proceso de movilidad ocupacional ficticia<sup>18</sup>. A quien ocupa un empleo estancado y descualificado se le concede un título de gran resonancia y se le exige que haga unos cursos formativos. La gente se convierte así en jefe o ejecutivo sin tener un equipo sobre el que mandar. Pero, sobre todo, la ideología de la formación difumina las luchas de poder que subyacen a la dialéctica entre cualificación y descualificación laboral. La diferencia entre los procesos que exigen más habilidades y permiten un cierto control del entorno laboral y aquellos fragmentados, repetitivos y de alta subordinación desaparece pues, aparentemente, todos ellos requieren un alto grado de formación. Hoy el hombre-buey de Taylor tiene un título de CCC.

<sup>15</sup> Delia LANGA ROSADO, “¿Para quién es tan fácil y tan barato acceder a la universidad española?”, <http://agendapublica.es/para-quien-es-tan-facil-y-tan-barato-acceder-a-la-universidad-espanola/>

<sup>16</sup> Ross PERLIN, *Intern Nation: How to Earn Nothing and Learn Little in the Brave New Economy*, Londres: Verso, 2012.

<sup>17</sup> Harry BRAVERMAN, *Trabajo y capital monopolista*, México: Nuestro Tiempo, 1974.

<sup>18</sup> Guy STANDING, *El precariado: una nueva clase social*, Barcelona: Pasado y Presente, 2013.

El credencialismo es además, una vía de distinción entre “buenas” víctimas de la crisis, merecedoras de compasión y ayuda, y aquellas otras que, en cambio, serían culpables de sus propios problemas. Muchos analistas responsabilizan de su situación a aquellos jóvenes que, en la época dorada de la economía española, abandonaron los estudios para optar por el dinero fácil que en aquellos años se podía conseguir en la construcción. Por supuesto, la idea de que trabajar intensamente en un andamio durante no menos de cuarenta horas a la semana es, en algún sentido, “fácil” resulta pintoresca. Sin embargo, como ha señalado Albert Sales, se ha vuelto un lugar común que orienta cada vez más las políticas asistenciales<sup>19</sup>.

También en el caso del credencialismo, la ideología formativa tiene una fuerte congruencia con las corrientes ciberfetichistas contemporáneas. Según un estudio de Luis Sanz Menendez y Gregg G. Van Ryzin, la percepción social de la crisis económica en España tienen un fuerte sesgo tecnófilo. Históricamente, la reacción habitual en situaciones sociales similares a la española ha sido una exigencia generalizada de mayores ayudas del Estado a las personas víctimas de la depresión económica. En cambio, en España, la mayor parte de la población parece convencida de que las medidas urgentes son una mayor inversión en ciencia y tecnología<sup>20</sup>. Una tendencia, esto es lo fascinante, particularmente pronunciada en las regiones más afectadas por la crisis.

Seguramente esta especie de masoquismo social tiene que ver con la capacidad ideológica de la tecnología para depurar simbólicamente el mercado de trabajo. Los empleos que se mueven en entornos tecnológicamente sofisticados parecen escapar automáticamente a la descualificación. De la tecnología digital emanara polvo de hada social que impulsa hacia arriba a los trabajadores que la usan.

### 3 CAPITALISMO CREATIVO Y REINVENCIÓN PERSONAL

¿Cómo conviven la apoteosis ideológica de la formación y la crítica de la educación pública reglada? Creo que el punto de engranaje es una dimensión “constructiva” de la tradición liberal que Robert Bellah y sus colaboradores trataron de analizar

<sup>19</sup> Albert SALES, *El delito de ser pobre*, Barcelona: Icaria, 2014.

<sup>20</sup> Luis SANZ-MENÉNDEZ y Gregg VAN RYZIN, “Economic crisis and public attitudes toward science: A study of regional differences in Spain”: *Public Understanding of Science*, 2015, 24 (2), págs. 167-182.

mediante el concepto de “invidualismo expresivo”, que plantearon en oposición al individualismo posesivo tradicional<sup>21</sup>.

El individualista posesivo es el *homo economicus*, el egoísta racional maximizador. En cambio, la conducta del individualista expresivo se corresponde más bien con un proceso de autodescubrimiento de los propios sentimientos y la búsqueda de la realización personal. Como individualistas expresivos sabemos que, por ejemplo, la generosidad y la sociabilidad pueden ser “inversiones” subjetivas exitosas, que nos reportan una gran satisfacción.

A través de esta doble estrategia, posesiva y expresiva, el neoliberalismo nos da argumentos para hacer lo que nos pide el cuerpo en las sociedades de masas —mirar con sospecha lo social como un espacio peligroso— y, al mismo tiempo, nos permite extraer los beneficios morales de un altruismo no mediado por ninguna compulsión institucional. Pues, en efecto, la condición de posibilidad de esta especie de egoísmo de segundo grado es que las buenas obras o la autorrealización no sean concebidas como un compromiso sino más bien como un conjunto de preferencias cuyo único elemento de coherencia es que han sido elegidas por mí. La diferencia es muy importante pues significa que para el individualista expresivo no se trata de conductas con valor normativo que sería deseable universalizar.

La dimensión expresiva del individualismo liberal ha experimentado una cierta mutación en las últimas décadas: se ha desplazado desde las virtudes cívicas tradicionales —como la caridad o el cosmopolitismo— a las virtudes creativas. El foco discursivo del neoliberalismo se ha movido de la crítica de la falta de libertad a la crítica de la alienación. Es una transformación muy evidente en el ámbito de los discursos y las políticas laborales. Los discursos gerenciales convencionales se basaban en la exaltación del esfuerzo y el compromiso compartido. Uno aceptaba dosis variables de sacrificio, alienación laboral y sumisión social a cambio de un cierto orden, de algún grado de seguridad. En cambio, como explicaba Richard Sennett, los discursos gerenciales contemporáneos tratan de dulcificar la precarización radical a través de una retórica de la reinención permanente<sup>22</sup>. Lo que te ofrece el mercado de trabajo, si sabes aprovecharlo, es la posibilidad de vivir muchas vidas.

En un texto canónico, Anthony Giddens caracterizaba los efectos de la postmodernidad sobre la identidad personal en términos de una apertura de un espacio

<sup>21</sup> Robert N. BELLAH et al., *Hábitos del corazón*, Madrid: Alianza, 1989.

<sup>22</sup> Richard SENNETT, *La corrosión del carácter*, Barcelona: Anagrama, 2000; Luis Enrique ALONSO y Carlos J. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, *Los discursos del presente*, Madrid: Siglo XXI, 2014, cap. 3.

de reflexividad donde los individuos están arrojados a la reinención permanente. Desde esta perspectiva, la subjetividad es el resultado de una construcción biográfica donde las elecciones sobre los estilos de vida cobran una enorme importancia pues son “el contenido sustancial de la trayectoria reflejamente organizada del yo”<sup>23</sup>. En el capitalismo contemporáneo, el complemento o incluso el sustituto del éxito material es la construcción activa de un yo estéticamente admirable, la intensificación de la experiencia. Más que en empresarios de nosotros mismos, nos hemos transformado en artistas de nosotros mismos.

Esto implica una cierta asimilación por parte de la ideología dominante de un conjunto de discursos que, en origen, tenían una clara filiación antagonista. Al fin y al cabo la crítica de las limitaciones que el capitalismo impone a la creatividad humana es un lugar común de la tradición socialista desde Marx hasta Marcuse. Su trasvase a los discursos gerenciales, como explicó Frank en *La conquista de lo cool*, es un trayecto de largo recorrido que se remonta a las transformaciones empresariales de los años sesenta. Hay cierta complementariedad entre el surgimiento de una contracultura de masas y politizada y el desarrollo de una prácticas empresariales críticas con las grandes corporaciones burocráticas y afines a la ideología de la creatividad y la renovación permanentes. A principios de los años setenta, en un libro de mucho éxito, el director de la empresa Avis, citaba a Ho Chi Min como un ejemplo de resistencia frente a los grandes poderes del que los innovadores debían aprender. Dos décadas después, en 1996, un redactor de Nike decía “¿Para qué hacemos esta clase publicidad si no es para incitar al pueblo a la revolución?”<sup>24</sup>.

Las categorías formativas modulares características del turbocapitalismo son necesariamente hostiles a los proyectos pedagógicos convencionales cuya misión, en cambio, tenía que ver con la construcción de itinerarios biográficos coherentes con las formas de intervención ciudadana consideradas aceptables. La izquierda pedagógica, desde Paulo Freire a Ivan Illich, denunció, con toda justeza, que esas instituciones pedagógicas hegemónicas eran semilleros de conformismo. Los neoliberales han sabido cooptar perfectamente ese mensaje. Hoy son los vencedores del capitalismo global los que cantan “Teacher, let them kids alone!”.

<sup>23</sup> Anthony GIDDENS: *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona: Península, 1997, pág. 111.

<sup>24</sup> Thomas FRANK: *La conquista de lo cool*, Barcelona, Alpha Decay, 2011, pág. 56.



#### 4 REESCOLARIZAR LA ESCUELA, DEESCOLARIZAR LA SOCIEDAD

Para las tradiciones emancipatorias, el lugar medular de la superación de la alienación era la realización en común, la institución política de compromisos colectivos que propiciaran la intensificación de las posibilidades de desarrollo personal en un entorno de libertad individual. Ese proyecto está vedado para el neoliberalismo, que más bien entiende la búsqueda de consensos producto de la deliberación en común como una fuente potencial de sometimiento.

Por eso la educación, entendida como un esfuerzo personal y desinstitucionalizado, ocupa un lugar central en la versión capitalista de la expresividad y la reinvención. De modo similar, la formación se ha convertido en el único mecanismo de justicia social aceptable en nuestro tiempo. Se ha encomendado a las instituciones pedagógicas la hercúlea tarea de disolver los privilegios heredados y generar otros nuevos basados en el mérito. El resultado es que en nuestras sociedades la educación —o más bien alguno de sus sucedáneos: como la formación y el credencialismo— está en todas partes excepto donde debería estar: en las escuelas.

Esta especie de trastorno pedagógico autoinmune tiene su propia versión antagonista. Si la burbuja formativa neoliberal es, en parte, el resultado de una especie de asimilación distorsionada y cínica del rechazo contracultural de las instituciones educativas convencionales, hoy se ha producido un trasvase adicional, de modo que muchos críticos de la deriva mercantilizadora de la educación asumen algunos de sus presupuestos fundamentales y de sus falsas promesas. El consenso progresista parece ser que la educación formal no sólo debería responsabilizarse de una amplia gama de objetivos de mejora moral —desde el respeto de la diversidad cultural a la ponderación del trabajo reproductivo pasando por la educación emocional— sino que también tendría que satisfacer las aspiraciones profesionales de una alarmante plétora de especialistas en, entre otras materias, ciencias, informática, idiomas, matemáticas, lingüística, artes plásticas, ética, música, deportes, literatura, economía, lenguas muertas, historia, psicomotricidad, filosofía o sexualidad.

Desde esta perspectiva, la solución a casi cualquiera de los males del capitalismo es la creación de una asignatura en algún tramo de la enseñanza obligatoria y la prolongación de esta hasta la edad proveyta. Tal vez lo razonable sería, en cambio, devolver la educación a un lugar social más modesto. Del mismo modo que la formación es un pésimo sustituto del sistema fiscal o las políticas laborales a la hora de fomentar la igualdad, tampoco puede ser un método mágico para superar la

alienación de nuestras vidas dañadas o remediar las limitaciones de nuestro sistema productivo. La educación en una sociedad compleja, a muy distintas edades y con muy diferentes finalidades, constituye un problema lo suficientemente intrincado como para añadirle la pesada carga de una especie de transferencia freudiana de nuestras aspiraciones frustradas de democratización y cambio social.